

Recordar, compartir, aprender

Zaragoza

Octavio Hormigón Sandoval, 70 años

Clara Jiménez, 19 años

YA NO SON LAS COLONIAS POR LO QUE SE LLORA

Más de un siglo después de la Guerra de Cuba, España ya no llora sus colonias. Es el momento en el que los descendientes de los anónimos soldados que dieron su vida por un sueño cuentan la historia de sus abuelos.

La Guerra, la Guerra... esas dos palabras se oían mucho últimamente por los pueblos españoles. Pero... ¿qué guerra? Nadie estaba seguro, nadie lo sabía a ciencia cierta, algunos hablaban de una guerra lejana, quizá el maestro del pueblo se aventuraba a hablar de una guerra en las colonias y por las colonias. Por las colonias... “¿Y a quién le importaba eso?”, pensaban muchos, pero eso no fue suficiente para evitar que fueran mandados a luchar por una tierra que nunca habían visto y de la que pocas veces habían oído hablar.

Miles de hombres fueron arrancados de sus hogares, del abrazo de sus mujeres o incluso del de sus madres y tuvieron que echarse el petate, con alguna miseria de ropa y lleno de vida, sobre la espalda para ser enrolados hacia ‘el Nuevo Mundo’.

Uno de ellos fue Santos Sandoval; sobre él también cayó la Guerra cuando apenas comenzaba a poner el pie tímidamente en la década de los veinte. Como muchos otros fue sacado de su pueblo, llevado a Cádiz y allí embarcado rumbo a ‘las colonias’. La vuelta a España no fue mucho mejor, tras la Guerra volvían muchos menos de los que habían partido y la mayoría habían dejado en Cuba su juventud. Muchos murieron al llegar pero otros tantos intentaron seguir adelante, Santos Sandoval fue uno de ellos. A diferencia de otros que, tras el regreso, se encerraron en la pesadilla sin retorno del llanto por la pérdida de las colonias, él decidió vivir. Trabajó para el Ayuntamiento de Zaragoza, arreglando las calles y ejerciendo ocasionalmente de bombero en la zona en la que habitaba.

Trabajador y cumplidor, se mudó a casa de su hija al enviudar, cuando Octavio, su nieto, sólo tenía cinco años. Desde entonces, y hasta el final de su vida, vivió transmitiendo unos valores y unos recuerdos que cuarenta años después de su muerte siguen intrigando a su nieto.

Su experiencia en Cuba no fue algo que quisiera recordar con todos los detalles y así se lo transmitió a su familia a la vuelta. Quizá algún dato suelto: la falta de comida, la inseguridad del porqué de la lucha, el miedo por ser o no capaz de conservar una vida que acababa de comenzar...

Hoy, muchos años después de la muerte de su abuelo y de su experiencia en las tierras más allá del océano, Octavio lo recuerda con una imagen exacta: un hombre tradicional, al que le gustaban las sopetas de vino y que siempre llevaba su tabaco picado y el ‘botecico’ de bicarbonato a mano, pero con muchas dudas sobre quién fue y qué vivió en esos años inciertos. Lo que conserva de él no es mucho, una cartera vieja de cuando estuvo en Cuba, unos pesos de la isla, alguna foto y el recuerdo de que su abuelo fue una persona buena, para él eso es lo más importante.

A Octavio le encantaría poder coger una monografía de la Guerra de Cuba en la que pudiera enterarse de qué pasó y con la que rellenar los huecos que su abuelo dejó en su historia, pero no la encuentra.

Santos Sandoval no figurará en los libros de la Historia y su nombre no fue pronunciado en ningún discurso de reconocimiento al volver a su patria, tampoco sufrió el desencanto general que se aplica sistemáticamente a los años posteriores a la pérdida de las colonias. Santos volvió a su tierra vivo y para vivir, y eso es lo que supo transmitir a su gente.



Con el tópico general de una España destrozada y sumergida en un llanto continuo por la pérdida de los últimos territorios coloniales, muchas veces olvidamos que un gran número de gente era ajena a esa España y sólo intentaba vivir. Toda esa gente que nunca aparecerá en los libros y que no será estudiada en las escuelas. Todas esas personas que fueron enviadas a millares hacia una tierra hostil y que volvieron, si habían tenido suerte, a la vida que habían sido obligados a abandonar y que permanecía intacta, dispuestos a vivirla y a aprovecharla; todas esas personas y su heroica gesta no son lo que centra la atención de aquel tiempo. Ellos son los que desde la sombra arrojaron un poco de luz a esta historia. Ellos son sus verdaderos protagonistas y ellos deberían contarla.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Para Octavio responder a esta pregunta no es fácil. En realidad, nunca es fácil concretar qué es lo más importante de la vida, porque ésta está llena de cosas maravillosas que, por pequeñas e insignificantes que parezcan, le hacen tener sentido. Pero uno de los aspectos que considera más importantes es el poder afirmar que ha sido bueno, que ha sabido transmitir la bondad y ha podido formar una familia a pesar de las dificultades porque, por muchas vueltas y bofetadas que da la vida, aquel que puede decir que ha sido buena persona es el que ha ganado.

Por eso el recuerdo de su abuelo es tan importante, porque supo encajar las cosas como llegaban y, a pesar de ello, conseguir ser recordado como una persona que pudo salir adelante.